

González, Olga L. 2025. *El presidente que no fue: la historia silenciada de Gabriel Turbay*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 467 pp.

Tomás Barrero

La historia de las ideas políticas en Colombia ha estado dominada por grandilocuentes relatos, muchas veces inspirados por un espíritu que favorece la simplificación acomodaticia en desmedro de la crítica. Afortunadamente, gracias a trabajos rigurosos como el que nos ofrece la profesora Olga L. González en su biografía de Gabriel Turbay Abunader¹, contamos con una imagen más compleja y matizada de personajes y procesos políticos del pasado. Mediante una cuidadosa curaduría del material disponible, González ha enfrentado con éxito todas las dificultades relacionadas con un archivo fragmentario y logrado detectar los problemas de las líneas editoriales que suelen orientar la publicación de discursos y otros materiales de políticos influyentes para darnos una visión muy estructurada y coherente no solo de Turbay, sino de la República Liberal en su conjunto, de los acuerdos y rupturas en los dos partidos tradicionales colombianos, de sus relaciones conflictivas con movimientos sociales como el sindicalismo y de su toma de posición de cara a la Segunda Guerra Mundial. Biografía a la vez de un hombre y una época, el texto entrelaza el destino truncado de Turbay y el fin de un ciclo político.

El libro se divide en tres partes. En la primera, “Un fenómeno político llamado Gabriel Turbay”, se describe el desarrollo político del protagonista, desde sus inicios como orador popular con inclinaciones socialistas hasta su ascenso a los más altos cargos durante los gobiernos liberales de 1930 a 1945 (congresista, ministro de Gobierno, canciller, embajador ante la Santa Sede, y en Bélgica, Francia, Italia y Estados Unidos). González pone en jaque el relato predominante de que, favorecido por la autoridad del presidente Carlos E. Restrepo, el triunfo de Enrique Olaya Herrera en 1930 resultó del apoyo de los antiguos miembros del Partido Republicano.

Como lector interesado en ese periodo histórico siempre me intrigó cómo el líder de un partido, que para la época había dejado de existir, pudo organizar una campaña con manifestaciones populares multitudinarias, como la de Olaya Herrera. Esta parte del libro ofrece una respuesta: Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay, jóvenes y fogosos oradores liberales en contacto con las ideas socialistas, le dieron calle y voz popular a esa campaña de Concentración Nacional. Turbay fue tal vez el orador más activo y notorio en ese proceso político. A partir de su experiencia ganada en la Bogotá enigmática y seductora de los años veinte, que él recorrió en compañía de Gaitán, los Leopardos y Los Nuevos, el joven médico santandereano se graduó también de expositor claro y emotivo, y planificador eficiente en la intensa campaña de 1930.

Este punto nos lleva a mencionar otra contribución del libro de la profesora González: la comparación de las trayectorias vitales de Gaitán y Turbay. Para evitar la impresión, tan común como irreflexivamente aceptada, de que el liberalismo de izquierda se reduce a

1 Bucaramanga, 1901-París, 1947. No está relacionado con Julio César Turbay Ayala.

la figura singular del “hombre-pueblo”, González ofrece su propia versión de dos maneras liberales (y paralelas) de ver el mundo: el político moderno que, a partir de sus convicciones de origen socialista, pero alejadas del totalitarismo, logró articular un pensamiento liberal en torno a temas coyunturales como el concordato, el antifascismo y los derechos de las mujeres; y el agitador que acumuló éxitos jurídicos a partir de teorías sociológicas del delito de inspiración fascista y llevó la movilización popular al nivel de una sociedad de masas nunca antes visto en Colombia.

La comparación entre estas dos figuras resulta fructífera en extremo. Muestra, en primer lugar, la trayectoria de dos políticos pertenecientes a clases medias urbanas con acceso a la formación profesional (Derecho y Medicina en la Universidad Nacional de Colombia, respectivamente), pero no estaban destinados a tener el protagonismo que por mérito propio alcanzaron. Hijo de inmigrantes sirio-libaneses radicados en Bucaramanga el uno, descendiente de un tipógrafo y una maestra de escuela radicados en Bogotá el otro, sus apellidos resultan ajenos a los que figuran en la lista de líderes liberales y conservadores de la época.

En segundo lugar, González hace manifiestas las tensiones del liberalismo de izquierda que los dos encararon con organizaciones como el sindicalismo, el totalitarismo y los movimientos feministas. En tercer lugar, contrasta el carácter programático de las propuestas y logros de Turbay con el tono especulativo, muchas veces cargado de misticismo, de los discursos de Gaitán. Esta primera parte del libro contiene una relación indispensable de la actividad político-administrativa de Turbay, que incluye el proceso de renovación de la cédula que tanto molestara al patriarca conservador Laureano Gómez, las relaciones exteriores de la República Liberal en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y la ambivalente posición de los liberales frente al divorcio, por mencionar solo algunos asuntos.

La segunda parte del libro, “La campaña crucial de 1946”, es una obra maestra de investigación histórica que combina una revisión exhaustiva y equilibrada del cubrimiento (¿tal vez deberíamos decir la fabricación?) de la campaña presidencial que enfrentó a Turbay, Gaitán y Mariano Ospina Pérez. González establece, a partir de un trabajo impecable con la prensa de la época, qué papel jugaron *El Tiempo*, *El Liberal*, *El Siglo* y *Jornada* como voceros de Eduardo Santos, Alfonso López, Laureano Gómez y Jorge Eliécer Gaitán. Es la historia de una campaña sucia, baja, racista y desleal que hace pensar que, en la política electoral colombiana, no todo tiempo pasado fue necesariamente mejor.

González muestra, por ejemplo, que hubo una época en que *El Siglo* hacía campaña a favor de Gaitán. Basado en la motivación espuria de impedir que un turco extranjero, de esos que nacen en Bucaramanga, ocupara la presidencia, en su sección de “humor” titulada “Caprichos”, el periódico conservador usó fotos de beduinos acompañadas por leyendas tan gratificantes como esta: “¿De quién serán estos antepasados? No son, indudablemente, los del señor Ospina Pérez ni los del señor Gaitán” (294). O que el escritor Eduardo Caballero Calderón, en su columna “Cuando yo digo patria”, publicada por el diario gaitanista *Jornada* dirigido por José Antonio Osorio Lizarazo, le prohibió a Turbay usar la palabra *patria* para referirse a Colombia, un recurso retórico que le valió a Caballero el dudoso privilegio de que *El Siglo* reprodujera íntegramente tal perla de pensamiento racista (313-314). O el papel francamente nefasto que jugó Alfonso López Pumarejo al utilizar cuanto recurso estuvo a su alcance para sabotear a Turbay y a Gaitán, a tal punto que, a pocos meses de la elección y cuando ya Ospina Pérez por fin se había lanzado como candidato de los conservadores, el expresidente liberal contribuyó a la historia con un editorial que es una pieza maestra de eufemismo y oportunismo políticos: “El expresidente López no apoya a ningún candidato liberal, pero se declara contra la abstención” (*El Tiempo*, 23 de abril de 1946).

También asistimos a la jugada maestra de Gómez de negar hasta el último minuto la posibilidad de una candidatura del Partido Conservador y de atizar la división liberal ensalzando a Gaitán y descalificando a Turbay para lograr en tiempo récord un triunfo electoral mediocre de Ospina Pérez, un candidato improvisado y sin programa. Pocos meses después *El Siglo* utilizaría las mismas tácticas deleznales de difamación contra Gaitán, para esa época ya jefe del Partido Liberal y con amplias posibilidades de ser presidente. Presenciamos además cómo Alberto Lleras Camargo, presidente en ejercicio y faro moral del liberalismo según un relato oficial desgastado, hizo poco por proteger la integridad física de Turbay cuando fue apedreado en Cali y hostigado en Medellín con la displicencia cómplice de la fuerza pública.

Finalmente, en contra de otra simplificación histórica en boga, González deja claro el apoyo mayoritario que le brindaron a Turbay los sindicatos y el Partido Comunista Colombiano y las sorprendentemente malas relaciones de Gaitán y el gaitanismo con estos sectores sociales derivadas del apoyo del caudillo liberal y su movimiento a los patronos y no a los asalariados en varias huelgas. Esos sectores populares se hicieron sentir en los comicios en los que, a pesar de todas las dificultades aludidas, Turbay obtuvo la segunda votación por encima de Gaitán. La historia de la campaña de 1946 es, en síntesis, un recorrido por las regiones más retorcidas de la naturaleza humana, que lleva a pensar que la política colombiana podrá contener grandes nombres, pero pocos grandes hombres.

En la tercera y última parte de libro, “Preguntas para hoy”, González aborda el interrogante de por qué Turbay fue prácticamente borrado de la historia política de Colombia, qué balance puede hacerse de su vida pública y su campaña, y qué lecciones de su trayectoria política pueden extraerse para aplicarlas al presente. De este interesante diálogo entre tiempos quiero resaltar dos aciertos y una dificultad.

El primer acierto es el diagnóstico que hace González de la desaparición de Turbay de la historiografía como producto de factores tan diversos como la importancia de relatos “prefabricados”, la falta de crítica y contraste entre fuentes, incluso por parte de historiadores prestigiosos, y el mito preponderante de Gaitán como única voz válida del liberalismo de izquierda en la República Liberal. Como antídoto a estos males tan endémicos de nuestra cultura y educación, la autora nos ofrece una defensa muy bien argumentada de la crítica de fuentes. Un segundo acierto es el sobrio balance que la profesora González hace de qué significó el final de la República Liberal para la sociedad colombiana, la espiral de violencia que generó la elección de Ospina Pérez y la postergación indefinida de reformas sociales indispensables para un país en desarrollo.

La dificultad surge cuando González intenta hacer un puente con el presente político. Para ser justos, es menos un problema del libro y más de la tarea misma: un velo de familiaridad cubre nuestra capacidad de criticar eventos del presente. Lo que resulta tan claro sobre eventos de las décadas de 1930 y 1940 al conocer sus consecuencias nos elude al examinar acontecimientos de nuestro propio tiempo. Comparada con su análisis minucioso de la vida política de Gabriel Turbay, la relación que hace la profesora González sobre la historia política reciente en Colombia resulta demasiado esquemática. Faltan actores, motivaciones y traiciones; en esta relación de los tiempos presentes tampoco aparece la prensa y su conexión con el tipo de propaganda política que González identifica tan claramente en la campaña presidencial de 1946; también quedan por fuera algunos hechos determinantes sobre por qué la izquierda colombiana ha llegado a tener su forma actual.

Estos son obstáculos a los que se enfrenta cualquier estudio histórico cuando pretende hablar de su tiempo, un tiempo que todavía no ha acabado. La historia y el presente tienen una relación conflictiva porque en el presente no hay tanta distancia con las fuentes, no podemos formularles preguntas incómodas con la misma facilidad sin interpelarnos directamente a nosotros mismos. Parecemos condenados a ser hijos de una época.

Tomás Barrero

Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Colombia. Profesor asociado del Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes (Colombia). Sus intereses se centran en el lenguaje como fuente de problemas en distintas áreas de la filosofía: sus relaciones con la lógica, la comunicación y el poder social. También se ocupa de problemas filosóficos, como la naturaleza y la verdad y sus portadores, la relación de la lógica y el tiempo, y las explicaciones de validez. Actualmente trabaja problemas metafísicos, como la identidad y el tiempo, y la relación de un objeto y sus distintas fases de desarrollo. Últimas publicaciones sobre estos temas: “The Proverbial Strategy: Free Relatives and Logical Relations”, *Inquiry: An Interdisciplinary Journal of Philosophy*: 1-24, 2025, <https://doi.org/10.1080/0020174X.2025.2460165>; y “Desambiguación de presuposiciones anafóricas: el caso de ‘también’” (en coautoría), *Revista Signos: Estudios de Lingüística* 57 (114): 105-128, 2024, <https://doi.org/10.4067/S0718-09342024000100105>. También ha investigado sobre la historia de las ideas políticas en Colombia, área en la que ha publicado los siguientes trabajos: “Alberto Lleras: democracia, tradición y compromiso intelectual”, en *Frente Nacional: política y cultura*, editado por Rubén Sierra Mejía y Luis Ángel Méndez, 103-132 (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2021); “La paradoja del republicanismo”, en *La Hegemonía Conservadora*, editado por Rubén Sierra Mejía, 17-43 (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2018); “Laureano Gómez y la democracia”, en *La restauración conservadora, 1946-1957*, editado por Rubén Sierra Mejía, 105-128 (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012); y “El liberalismo de Alfonso López Pumarejo”, en *República Liberal: sociedad y cultura*, editado por Rubén Sierra Mejía, 17-46 (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009). <https://orcid.org/0000-0003-1925-648X> | ta.barrero32@uniandes.edu.co

